

# Federico Gamboa: Un escritor mexicano en Europa

Manuel PRENDES GUARDIOLA  
Universidad de Piura

## RESUMEN

El novelista mexicano Federico Gamboa, uno de los más representativos del realismo y naturalismo hispanoamericanos, destacó también por la redacción asidua de sus diarios y otras obras memorialísticas como *Impresiones y recuerdos*. Entre los muchos testimonios de estas páginas, tienen un particular interés los de los diferentes países europeos que Gamboa, a causa de su profesión de diplomático, visitó a lo largo de su vida. Se analiza en este artículo el retrato e interpretación hecho por Gamboa de esas naciones europeas, desde los iniciales prejuicios políticos o estéticos –corroborados o modificados por la experiencia- y en comparación con la realidad americana.

**Palabras clave:** Gamboa, naturalismo, México, autobiografía, literatura de viajes

## Federico Gamboa, a Mexican Writer in Europe

## ABSTRACT

Mexican writer Federico Gamboa, one of most prestigious novelists in Latin American Realism and Naturalism, stood out because of his regular writing of diaries and other memoirs such as *Impresiones y recuerdos*. A particular interest in these pages is the testimony on different European countries visited along Gamboa's life as a diplomatic. In this paper we analyze Gamboa's picture and interpretation of those European nations, from his political or aesthetic prejudices -strengthened or modified by experience-, and his comparison to American reality.

**Key words:** Gamboa, naturalism, Mexico, autobiography, travel literature

**SUMARIO:** 1. Escritor y diplomático. 2. La autobiografía en Gamboa. 3. El mito y la realidad. 4. Europa ante América. 5. Latinos y sajones. 6. El testimonio y la vivencia. 7. España y los españoles.

## 1. Escritor y diplomático

Es posible que todo ensayo acerca de la obra de Federico Gamboa (1864-1939) dirigido a lectores no mexicanos deba ir precedido de una presentación de su figura literaria e incluso intelectual, política y diplomática. En México, su nombre ha permanecido para la crítica y el público durante un siglo gracias sobre todo a las incesantes ediciones y ocasionales adaptaciones al cine de *Santa*, novela “de burdel” en

la que se dan la mano el testimonio de la depravación en las calles de México y la sentimental historia de una joven caída en la prostitución. Pero Gamboa fue también autor de otras cinco novelas largas, de buen número de narraciones breves y de exitosas obras de teatro que lo convertirían, a finales del siglo XIX y principios del XX, en un referente obligado de la literatura mexicana, máximo representante en su país de la escuela del naturalismo. Es decir, el novelista por excelencia del período histórico –bien fecundo en novelistas– conocido como “el Porfiriato”.

Durante los más de treinta años (1877-1910) de dictadura de Porfirio Díaz, Gamboa sirvió al autoritario presidente, hacia quien sentía una auténtica devoción personal, pasando de oscuro secretario de legación en Guatemala a hombre clave para la política exterior mexicana, como tenaz negociador tanto en Centroamérica como en Washington contra los intereses del dictador Manuel Estrada Cabrera y de sucesivos inquilinos de la Casa Blanca. Gamboa unió su suerte al general Díaz hasta el punto de, comenzada la Revolución mexicana, desaparecer gradualmente como escritor y personaje público. Entró en la lucha política por un breve tiempo, manipulado por el usurpador Victoriano Huerta, y tras su fracaso marchó al exilio, para volver a México años después y dedicarse casi en exclusiva a la enseñanza y a la Academia de la Lengua Mexicana (de la que será elegido director en 1923).

Se puede considerar que Federico Gamboa debió a la distancia geográfica buena parte de su éxito como escritor. No sólo porque la desahogada posición inherente a su oficio (en un país que hoy acredita larga tradición de escritores diplomáticos) le diera tiempo libre para dedicarse a la escritura, sino porque vivir en el extranjero le permitía entregarse con total libertad a la creación sin verse envuelto en las frecuentes polémicas y rivalidades que agitaban el Parnaso mexicano.

## 2. La autobiografía en Gamboa

Pese a este alejamiento físico en que escribió la mayor parte de su obra, la ciudad de México es el escenario absoluto de las narraciones<sup>1</sup> de Federico Gamboa, y su principal aportación de modernidad a la literatura de su país, anclada aún por entonces en el pintoresquismo y el costumbrismo románticos, en la paz del campo y de la pequeña capital provinciana. La narración directa de la experiencia en América y Europa, así como una prueba más de su modernidad, la hallaremos en otro importante apartado de su obra: los escritos autobiográficos. Efectivamente, Gamboa fue el primer escritor mexicano que convirtió la autobiografía en un género literario independiente, tanto en *Impresiones y recuerdos* (1893) como en los cinco tomos publicados (más otros dos póstumos) de *Mi diario*.

Una y otra son obras de una naturaleza distinta. Desde el punto de vista literario, *Impresiones y recuerdos* es, a juicio de José Emilio Pacheco que suscribo entera-

---

<sup>1</sup> No difiere en esto de otros autores hispanoamericanos que, alejados de su país durante la mayor parte de sus vidas, dieron sin embargo en sus novelas testimonio aparentemente directo de la realidad nacional. Cito como ejemplos representativos al chileno Alberto Blest Gana y al argentino Carlos María Ocantos.

mente, el mejor libro del escritor. Se trata de unas “memorias de juventud” (el autor aún no había cumplido los treinta) divididas en capítulos autónomos, apenas hilvanados unos con otros, donde se pasa de la narración a pasajes descriptivos o de crítica literaria, en la mejor escuela de un género prosístico modernista por excelencia, la *crónica*, del que fue maestro otro autor mexicano, Manuel Gutiérrez Nájera (1973: 124-133), elogioso reseñista de *Impresiones y recuerdos* a poco de su aparición. No hay que descartar tampoco la influencia que sobre el joven escritor debió de ejercer el ambiente literario de Buenos Aires, ciudad en la que residió de 1891 a 1893, durante la hegemonía intelectual de la llamada “generación del 80” que cultivó asiduamente no sólo la novela naturalista (de la que la capital del Plata llegaría a ser principal núcleo americano) sino el memorialismo, con distinguidos representantes como Lucio Victorio Mansilla o Miguel Cané (hijo), además de ilustres precedentes de la generación anterior como Domingo Faustino Sarmiento en sus *Recuerdos de provincia*.

*Mi diario*, fruto de una labor incesante de don Federico desde 1892 hasta su muerte, responde a un proyecto más ambicioso, y tal vez por ello menos logrado. El propósito del autor es, como en el caso anterior, menos confesional que literario: escribirá en *Impresiones y recuerdos* que “yo en cuestión de sentimientos soy un avaro; me los guardo hondo y los hago salir cuando me conviene, cuando estoy solo y cuando sufro” (Gamboa 1994: 145). Suerte de “libreta de apuntes” en un principio, *Mi diario* acabará transformándose en un testimonio o registro de la gente que conoce, los lugares visitados, las tareas emprendidas, todo en función de la cada vez más intensa vida institucional del diarista, quien no concede gran espacio a su intimidad. Sin embargo, se preocupó mucho de elaborar literariamente estas páginas, dejando siempre correr varios años entre el primer esbozo y la publicación.

No he de tratar en estas páginas de todos los viajes de Gamboa. Sus periplos americanos, como representante de su país —o, tras el triunfo de la Revolución, como exiliado— en Argentina, Centroamérica, Estados Unidos y Cuba, son sin duda de gran interés pero inabarcables en el espacio aquí propuesto. Me interesa ahora mismo su aproximación a un mundo tan distante como el de Europa, modelo reconocido por toda la intelectualidad y la clase política hispanoamericana de la época. En busca de una visión integradora, no voy a ocuparme por separado de cada viaje ni de cada país, y por ello dejo a continuación un esquema cronológico de las distintas estancias de Gamboa en el Viejo Continente:

- 1891: Destinado a la legación mexicana en Sudamérica, con sede en Buenos Aires, debe partir hacia Europa puesto que no existía comunicación directa entre México y Argentina. Conoce Londres y París.
- 1893: Abandona Buenos Aires. Vuelve a detenerse en París, camino de México.
- 1909: Como diplomático, en Francia, Alemania y Bélgica.
- 1911: Embajador especial en España, y luego con misión en Bélgica y Holanda (desde donde visita a menudo París). En 1913, nombrado secretario de Exteriores por Victoriano Huerta, abandona Europa definitivamente y regresa a su patria.

### 3. El mito y la realidad

Gamboa se dirige a Europa con más ánimo de *reencuentro* que de *encuentro*. Es ciudadano de un país en pleno proceso de modernización, y miembro de una clase social que recibe del otro lado del Atlántico lo más innovador y llamativo de su cultura, su ciencia y su sensibilidad, de modo que parte ilusionado a conocer por primera vez Europa, “el anhelo de toda mi vida” (Gamboa 1994: 103). Las imágenes literarias o culturales previas condicionarán siempre las primeras impresiones de cada país, pero en general se verán corroboradas tras su confrontación con la experiencia directa. En este sentido, y tras el juicio más bien sombrío que le ha producido Inglaterra, la llegada a Francia es paradigmática de la fascinación que el país galo, y muy especialmente su capital, ejercían sobre todo el mundo occidental. Apenas desembarcado, el mero hecho de oír unas palabras en francés ya le produce “algo interno muy agradable”, “como una caricia” (Gamboa 1994: 111). Camino de París, esta percepción idealizada (por momentos, parecemos inmersos en alguna de las más amables pinturas impresionistas de la época<sup>2</sup>) se ve incrementada:

¿Por qué la vista de la tierra francesa me alegró como si viera yo algo mío? Ello es que el gendarme y los de la aduana y los ociosos y los letreros y el restaurant en que entré a restaurarme de veras, todo lo encontré conocido, amigo, simpático... Subí al tren, y *para que acabara yo de convencerme de que estaba en Francia*, ocupaban la berlina de al lado tres o cuatro mujeres elegantes que reían [...] cuyos rostros, dentro del marco de los ventanillos, veíanse picarescos y lindos, sombreados por el sombrero de paja y por los velitos de viaje (Gamboa 1994: 110-111; la cursiva es mía).

Hasta llegar a la verdadera apoteosis (al final de un capítulo en su mayor parte dedicado, curiosamente, a la experiencia en Londres): “¿Qué bien habré hecho en mi vida que Dios me permite conocer París?” (Gamboa 1994: 111). No deja de recordarnos la actitud del que fuera su buen amigo en Buenos Aires y en Francia, Rubén Darío, compañero de tertulias literarias e incluso de alguna visita a un adivi-

---

<sup>2</sup> Hay países en los que le costará abandonar esa percepción pictórica. Gamboa escribirá sobre países como Francia y España como ideales para habitar; en cambio, Bélgica y Holanda le parecerán más bien dignos de simple visita turística. De aquéllos obtenemos un vivaz retrato de su vida cotidiana; de éstos, el recuerdo más vivo del mexicano será siempre el de los museos. Escribe sobre Amsterdam, por ejemplo: “Así se me figura que ha de ser toda Holanda, una tierra llena de originalidad en pobladores, indumentaria y edificios; llena de color no obstante su clima ingrato y su media luz, un color *sui generis*; laboriosa y pintoresca como pocas; con paisajes y vistas que no se hallan dondequiera, pero que no convida a habitarla permanentemente” (Gamboa 1995-V: 228).

no<sup>3</sup>, quien en un escrito autobiográfico dejaría constancia (tal vez idealizada) de su ferviente anhelo:

Yo soñaba con París desde niño, a punto de que cuando hacía mis oraciones rogaba a Dios que no me dejase morir sin conocer París. París era para mí como un paraíso en donde se respirase la esencia de la felicidad sobre la tierra. Era la ciudad del Arte, de la Belleza y de la Gloria; y, sobre todo, era la capital del Amor, el reino del ensueño. E iba yo a conocer París, a realizar la mayor ansia de mi vida (Darío 1990: 69).

Ni Darío ni Gamboa se diferenciaban, al fin y al cabo, de los típicos “trasplantados” (expresión de Alberto Blest Gana) americanos en París. La identificación del mexicano con la cultura y avatares parisinos y de toda la nación francesa eran previos a su visita, aunque fuera tan sólo por contacto con sus autores favoritos, y no lo abandonarán hasta su muerte. Cuando se despide de París, lo hace sin especial congoja, puesto que “a menos de no morir en la Argentina, *estoy obligado a volver a verlo*” (Gamboa 1994: 126; la cursiva es mía). Y, en efecto, será con diferencia la ciudad más frecuentada a lo largo de sus cuatro viajes por Europa.

Sin embargo, hasta París entraña algunas decepciones. El joven mexicano no tarda en registrar en su diario el aburrimiento inconfesable (y por eso aún más grave) que le invade tras largas temporadas sin ocupación concreta. Tampoco tarda en dar testimonio de una fastidiosa abundancia de hispanoamericanos (Gamboa 1994: 125) que, por el hecho de serlo, se creen con derecho a inmiscuirse en su vida (privándole también, como podemos comprender, de la excepcionalidad a veces grata que confiere el saberse extranjero). Su primera visita al *Moulin Rouge*, del que se convertirá en cliente asiduo, incluye un juicio bastante escéptico del mítico canacán. Incluso su primera conquista amorosa en ese mismo lugar, y que merecerá todo un capítulo aparte (casi una pequeña novela, entre naturalista y sentimental como las del propio Gamboa) no aparta de su memoria que “la descarnada realidad estaba muy por abajo de mis ilusiones de americano, de joven y de viajero” (Gamboa 1994: 115). Su visita a la intrincada red de alcantarillas de París, donde es testigo de la penuria en que viven sus trabajadores, no debió de defraudar tanto a aquel buen conocedor de la denuncia social hecha por Zola como la propia visita hecha al maestro de Médan durante su segunda estancia en París. Pues Émile Zola se muestra ante Gamboa como un correcto anfitrión, pero distante, con una charla salpicada de lugares comunes (“... o sólo revela su genio cuando escribe, o mi visita, que a mí me significa tanto, a él maldito que le importa...”) y, sobre todo, vanidoso: “... conózcole que se siente merecedor y digno de festejos y de elogios. [...] Sólo leo en castellano [dice Zola] los artículos de diario en que hablan de mí” (Gamboa 1995-I: 110).

La interpretación literaria y artística de su experiencia será constante en su progresivo descubrimiento del Viejo Continente: pasando por el Mediodía francés,

---

<sup>3</sup> El 16 de febrero de 1911, Gamboa relata cómo se dejó convencer por Rubén para visitar al famoso vidente Papus (Gamboa 1995-V: 146-148), cuyas dotes adivinatorias no brillan precisamente desde la perspectiva de 1938, cuando se publica dicho tomo del diario.

evoca en fisonomías, paisajes, aromas y escenas el Tarascón de Daudet (Gamboa 1995-I: 105); en un bosque cercano a Saalburg, se siente al fin casi capaz de entender la música de Wagner; pasea infatigablemente por Madrid y se le figura ir relejendo las páginas galdosianas (Gamboa 1995-V: 49, 167) que desde su adolescencia admira casi tanto como las de Zola. Y, por último, su único proyecto de viaje que queda sin realizar: la visita a Italia, "... el viaje a esa tierra de excepción sin el cual no hay cultura completa, y que yo vengo soñando muchos años ha..." (Gamboa 1995-V: 55).

#### 4. Europa ante América

Pero su admiración por la cultura europea está lejos de ser acrítica. Gamboa no se avergüenza de su condición de mexicano o hispanoamericano (término que siempre empleará el escritor, en lugar de "latinoamericano"), e incluso alguna vez, simplemente, de americano. Porque Gamboa debe admitir que sus años de juventud en Nueva York lo han vacunado contra los alardes de progreso de las grandes capitales europeas, pues todas empalidecen ante la magnitud de la Quinta Avenida (Gamboa 1994: 105-106): en 1909, no encuentra mayor elogio para el hotel Adlon de Berlín que el de compararlo con los de la ciudad del Hudson (Gamboa 1995 V: 41). Este reconocimiento tal vez entraña a veces cierto pesar porque, con harta frecuencia, nuestro autor ve en Europa la única posibilidad de salvación frente al crecimiento mundial de la influencia yanqui, tanto en la política como en las costumbres,<sup>4</sup> que sin duda él supo percibir antes que muchos. Llega alguna vez, en el colmo de la ucronía y del odio hacia el "gringo", a anhelar una alianza de las potencias europeas que destruya los Estados Unidos...

Gamboa admira la constitución política de los estados del Viejo Continente por encima de la de los americanos. Concretamente, la institución de la monarquía, garante desde su punto de vista de la estabilidad y tradición que el diplomático mexicano, con todo su talante conservador y aristocrático, desearía ver asentadas en su país. En cierto modo, la figura "imperial" de Porfirio Díaz viene a sustituir para Gamboa al caudillo al que había servido su padre, el archiduque Maximiliano de Austria, emperador de México durante un breve y turbulento período y cuya trágica figura histórica inspira al novelista una disimulada admiración. Escribe, ya acreditado como embajador en España, las siguientes reflexiones:

No, no son las monarquías según las imaginamos los americanos, porque sólo tenemos de ellas ideas librescas. Cuando una monarquía es como la española, de vetusta cepa y de historial glorioso y dilatado, aunque aquí y allí luzca manchas imborrables para que no se nos olvide que está hecha de carne humana y pecadora, la

---

<sup>4</sup> Como muestra, su sentida anotación del 25 de abril de 1895 (Gamboa 1995-I: 168): "¡Mi México se va! El vetusto Café de Iturbide, tan lleno de carácter y de color local, propiedad de franceses desde su fundación, ya pasó a manos yanquis, con brebajes de allá, y parroquianos de allá..."

pátina de los siglos y de las hazañas la pule y abrillanta, la transmuta en cosa muy seria y respetable que nos derrite los jacobinismos sectarios y bajunos que a modo de sarpullido nos comen la piel, por culpa de la sacrosanta democracia embustera y falsa en que hemos nacido y crecido [...]; falaz señuelo en el que finge creer y adorar nuestro continente y nosotros sus pobladores, de paso, cuando descaradamente nos llamamos “ciudadanos de pueblos libres”. (Gamboa 1995-V: 161)

Sin embargo, dentro de su particular cotejo de naciones, Gamboa defenderá siempre la dignidad de esas repúblicas hispanoamericanas frente a la arrogancia y los prejuicios de las naciones europeas. Así como percibe los avances de éstas, también es capaz de fijarse en la barbarie que encubren detrás de su apariencia de progreso, y de hacerla notar con cierto desdén en favor de su tierra natal. Así, al relatar ciertos disturbios políticos de 1912 en Bélgica: “... ¿qué tal si nosotros en casa hiciéramos algo parecido? [...] ¡Nos llamarían: bárbaros, caníbales, pieles rojas, etcétera!...”. O al recordar los horrores de la Comuna de París: “... me confirmo en lo que de mucho tiempo atrás venía pensando: no hay país de Hispanoamérica que los haya perpetrado nunca tan espantosos. [...] ¡Y cuenta que somos salvajes!” (Gamboa 1995-VI: 24, 40). Le irrita muy especialmente que esa especie de paternalismo nacido de la ignorancia se exhiba, incluso, en el mismo suelo americano, como anota tras haber conocido en 1930 a la pedagoga española María de Maeztu:

La impresión de siempre con estas celebridades ultramarinas, y españolas particularmente; en el fondo, y aun en la forma, alardean de superioridad sobre nosotros, sólo hablan de sí mismas, y, como un favor, nos escuchan y replican exagerando, puede que involuntariamente, una especie de protección. ¡Y cuenta que todas vienen a sueldo!... (Gamboa 1995-VII: 235)

En un orden menos excepcional que el de las turbulencias políticas, no son pocas las costumbres asentadas en Europa que se le antojan al mexicano síntomas de barbarie, entre ellas el boxeo como espectáculo (y peor aún si, como lo presencia en el Follies Bergère de Bruselas en 1913, los púgiles son señoras) o la homosexualidad tolerada en los cabarets berlineses, entre cuyos miembros distingue –para su mayor escándalo– a no pocos oficiales del ejército. Obviamente, y como puede reconocer cualquier lector de las novelas del propio Gamboa, el mundo de los goces semi-clandestinos y la sicalipsis se encontraba aún, en México, en un estado muy incipiente con respecto a Europa.

## 5. Latinos y sajones

Hay que llamar, sin embargo, la atención sobre el hecho de que nuestro escritor, asiduo cliente de todo tipo de locales nocturnos en Europa como en América, y dado al moralismo tan sólo en una fase tardía de su obra, no identifica París con una Babilonia decadente, al estilo de tantos otros conservadores y moralistas contemporáneos. Se imponen aquí tanto su profunda deuda con la cultura gala como su cosmopolitismo, puesto que, al contrario que muchos trasplantados, ha tenido ocasión

de conocer, con sus costumbres, lugares diferentes de París y México. Así pues, defiende a la capital francesa y a sus habitantes:

Lo que ocurre es que París, el empecatado París, lo mucho que hace en dicho “sector” lo hace sin tapujos ni hipocresíasseudopuritanas; lo hace a cara descubierta, pero salpicando de *esprit*, de francas carcajadas, de burbujas espumeantes de champaña, de cascabeleo de risas y refinadas desnudeces. En tanto que sus envidiosas y émulas hacen lo propio y en ocasiones hasta algo peor, a puerta cerrada, imitando a Tartufo, a la sombra nada venerable de sus Salvation Armies y de sus sociedades protectoras de animales, que al único animal que no protegen es al hombre... (Gamboa 1995-V: 51)

Obviamente, las “envidiosas” son las naciones germanas y anglosajonas, cuyo factor racial y cultural explica plenamente, por oposición a la “latinidad”, la actitud de Gamboa hacia unos u otros pueblos. Don Federico ama lo francés, y a un tiempo se siente orgulloso de la herencia española de su país (mientras que desprecia, por cierto, el elemento indígena): con Francia y España llega a soñar como lugares de retiro definitivo, en el caso de que los avatares políticos le impidan regresar a México. En cambio, le desagradan la tristura de ambiente y el puritanismo religioso de Inglaterra; y se estremece ante el desarrollo tecnológico de Alemania y Estados Unidos. El choque de ambas naciones, que determinó el desenlace de la Primera Guerra Mundial, aparece a los ojos de Gamboa como el fatal enfrentamiento entre dos amenazas similares por su capacidad destructora y mentalidad imperialista, representadas cada una por el megalómano kaiser Guillermo II (la única testa coronada antipática a los ojos del diplomático mexicano) y el amo indiscutible de la política en el Nuevo Continente, el presidente Woodrow Wilson.

El profundo galicismo de don Federico le hizo decantarse por los aliados durante la Gran Guerra: desde sus primeras visitas a París se había ido imbuyendo del dolor por la derrota francesa de 1870, con su mutilación territorial incluida, y traza un paralelo entre el destino de la nación gala frente a Alemania y el de México frente a los Estados Unidos, precedidos antes del de Grecia (país del arte, la belleza y la elevación espiritual) frente a Roma (nación guerrera y tecnológica). Subyace, por encima de la sucesión de derrotas históricas, una convicción: “París es inmortal” (Gamboa 1995-V: 58), y constata entre sus impresiones de Alemania cómo esta nación con disciplina de cuartel, rica, sana y culta, padece la obsesiva preocupación de afirmarse sobre Francia, difundiendo con soterrado complejo de inferioridad toda una serie de mensajes que Gamboa sintetiza:

... Berlín es más higiénico que París; Goethe [escritor a quien, por cierto, Gamboa no soportaba] vale mucho más que todos los ingenios galos; Schiller deja tamañito a Molière; los bosques franceses no sirven ni para descalzar a los bosques teutones, y por ese tenor adjudican la palma en comparación con lo de allá, a pensadores, artistas, artesanos, profesionales, gobernantes, funcionarios de acá... Y en el escabroso capítulo de honestidades femeniles, las *frauen* dejan untadas en los suelos a las *madamas*...! (Gamboa 1995-V: 50)

## 6. El testimonio y la vivencia

La descripción que facilita Gamboa de los paisajes y de las ciudades suele servir de punto de apoyo para la posterior recreación del carácter de sus habitantes. Gamboa, en un principio, no es un gran “paisajista”: en *Impresiones y recuerdos* y sus primeros diarios tiende más al impresionismo, al apunte más breve y certero que funde el detalle físico con la intuición moral. He aquí, por ejemplo, la evocación de Liverpool al atracar allí su barco:

... me levanté temprano; había en el cielo bruma, en el puerto un fantástico bosque de mástiles desvanecidos, y frente a nosotros un muelle colosal, de piedra, coronado de personas con paraguas e impermeables que se empinaban para distinguir a los viajeros, y de empleados con gruesas botas y gorros de hule que arrastraban cadenas soltando de cuando en cuando, para ilustrar la maniobra, voces guturales, roncás, como graznidos de ave salvaje que huye (Gamboa 1994: 103).

Por otra parte es evidente que tanto en su obra autobiográfica como en sus novelas se siente más cómodo llevando a sus páginas los contrastes del dinamismo urbano que intentando evocaciones o meditaciones sobre la naturaleza. Esta debilidad por la ciudad en movimiento, gran atractivo de sus novelas, se debilitaría con los años hasta hacer de muchas entradas de sus últimos diarios pesadas descripciones de monumentos, evocaciones históricas o semblanzas de personajes más propias de una enciclopedia o guía turística que de un artista y testigo presencial. Sin embargo, escenas y costumbres extrañas para su país, y en las que él es más participante que mero observador, conservan toda su viveza y amenidad: así las ya tan mencionadas estampas de la vida nocturna en París, Londres o Berlín, o su peculiar experiencia como paciente de una cura de aguas en Homburg, donde no faltarán los episodios humorísticos acerca de la vida cotidiana de los refinados pacientes, que intentan aparentar normalidad dentro de su estricto régimen. Leemos por ejemplo el 17 de agosto de 1909:

Los rostros de nobles y plebeyos y ricos (¿dónde he venido a caer?... ) sin excepción acusan ansia y resolución de vivir; es el despótico instinto de conservación, que salva a la especie. Algo, por no decir algo, mueve a risa el continuo correr rumbo a los retretes, disimulados entre el follaje, de tanto título y tanto millonario, de princesas y damas elegantes y lindas que, sin sonrojos, empujados ellos y ellas por el ‘imperativo categórico’ de estas aguas purgantes, se pierden tras las enramadas, muy al cabo de que todos sabemos a lo que van... como el efecto de la salina y desagradable bebida es general e inaplazable, por convenio tácito, mutuamente nos desentendemos todos de las fugas repentinas y los risueños reaparecimientos que las siguen (Gamboa 1995-V: 49).

También contará el balneario Clara Emilia con la presencia de la mujer desுவuelta y fascinante (un poco al estilo de *La mujer del perro* de Chéjov), potencial inspiradora de una novela que don Federico nunca llegará a escribir, como tantas

otras esbozadas en las páginas de un diario que había perdido ya su inicial razón de “cuaderno de apuntes”.

Si como escritor y burgués, Gamboa atiende a la vida cotidiana, a ser “el historiador de los que no tienen historia” (consejo que le dio personalmente Edmond de Goncourt, su gran modelo de diarista), como diplomático e intelectual está llamado a tratar a “los de arriba”, políticos y grandes personajes de la cultura. En este último campo, ningún país le proporcionará una vida de (alta) sociedad tan activa como España, país al que no en vano acude como Embajador Extraordinario para agradecer su participación en los festejos del Centenario de la Independencia de México.

## 7. España y los españoles

Como ya se ha dicho, Gamboa no se avergonzaba de su ascendencia hispánica, a diferencia de tantos compatriotas de entonces y de ahora. Mucho antes de viajar por la Península Ibérica, ha recibido honores españoles (como el puesto de correspondiente de la Real Academia Española, con sólo veintiséis años) e incluso ha desempeñado labores para el Gobierno español (del que fue el año 1906 representante interino en Guatemala, sin aceptar retribución alguna). Ya en sus primeras travesías entre América y Le Havre, las inevitables escalas en La Coruña y Santander (ciudad de residencia de dos ídolos, Pereda y Galdós, que muy a su pesar tampoco llegará a conocer personalmente) le hacen añorar una larga visita a la antigua metrópoli.

Gamboa pasará en España casi menos de un mes (20 febrero-15 marzo 1911), breve espacio que le da sin embargo para cubrir cerca de setenta páginas de diario: una proporción insólita dentro del habitual ritmo de escritura de Gamboa, que demuestra la intensidad de sus vivencias peninsulares. Allí se codea con el mismo rey Alfonso XIII, de quien obtiene el ascenso a la categoría de embajada para la legación española en México; en un banquete, es capaz de reconciliar a los dos enfrentados jefes políticos Maura y Canalejas. Traba amistad con Emilia Pardo Bazán y, en Barcelona, con Pompeu Gener; saluda en la Biblioteca Nacional, con reverencia, a don Marcelino Menéndez Pelayo. Y, a propósito de escritores –aunque no ya tan destacados–, es memorable la anécdota en la que Pedro Luis de Gálvez (uno de los poetas “raros” de la España de entonces, recuperado en la década de 1990 por el talento narrador de Juan Manuel de Prada) visita a Gamboa en su oficina de Bruselas para adularlo y, finalmente, sacarle veinte francos: un episodio que en nada desentona de la semblanza ofrecida en la novela de Prada, *Las máscaras del héroe*.

Y es que Gamboa, ya se trate o no de bohemios escritores, no ignora ni mucho menos a “los de abajo” (expresión que él utilizó en sus narraciones antes que Mariano Azuela). Aunque alejado de toda idea revolucionaria, atiende y denuncia las desigualdades sociales y sus truculentas consecuencias (la pobreza, el embrutecimiento, el crimen). Aunque, en lo que concierne a los desfavorecidos españoles, las actitudes de don Federico varían con respecto a las que adopta en América, Francia o Gran Bretaña. Unas veces es incapaz de sentir lástima por ellos cuando cruzan

juntos el mar con rumbo a México: Gamboa desaprobaba el fenómeno de la inmigración a América,<sup>5</sup> y en el puerto de Santander reconoce junto al inmigrante al tipo odioso, que habrá de ridiculizar en sus novelas, en que éste acaba convirtiéndose: el “indiano”.

Invádenos [el barco] gente ordinaria en su gran mayoría; invasión de boinas y de alpargatas, de españoles analfabetos enriquecidos en nuestra América, que aún se creen sus conquistadores y dueños, que nos miran por encima del hombro, que apestan la limpidez oceánica con el humo de sus cigarros, con el eco brutal de sus co... rchos y p...einetas... (Gamboa 1994-I: 128)

Otras veces, lo que le incapacita para sentir lástima es la seducción que ejercen sobre él el orgullo, la entereza e incluso el humor con que los españoles afrontan su penuria económica. Es el caso de la visita de Gálvez, o cierto encuentro con un pequeño vendedor de periódicos que se le acerca en Madrid:

-Cómpreme vucencia los periódicos, todos hablan del señorito...  
Trató Béistegui de apartarlo, pero él se opuso valiente y avisado.  
-¿Y por qué había yo de irme? ¡Ca, no señor! Yo también quiero saludar al mexicano que el rey ha recibido...  
Su hombría y su simpática desaprensión [...] hicieron que de bonísima gana me desabotonara el abrigo y le comprara toda su brazada de papeles (Gamboa 1995-V: 159).

Pero, para que se note que el cariño no ciega a don Federico en su visión crítica del carácter español (de cuya herencia en América es bien consciente, por otra parte, desde la misma semejanza entre la meseta del Anáhuac y la castellana, entrevista desde la ventanilla del tren), elabora al concluir su residencia una semblanza que marca notablemente la diferencia entre el ibero y el plácido y alegre –también según las conclusiones del propio Gamboa- ciudadano belga o alemán:<sup>6</sup>

<sup>5</sup> Y en ello demuestra también su independencia de criterio con respecto al gobierno al que servía, ya que una de los objetivos prioritarios de la política del Porfiriato sería el de potenciar la inmigración europea (y, a ser posible, anglosajona), aspirando a una afluencia, nunca remotamente alcanzada, semejante a la que recibían Argentina o los Estados Unidos. Véase para más detalles Tenorio Trillo 1998: 61-64.

<sup>6</sup>El belga medio es esbozado por Federico Gamboa, en la entrada del 30 de diciembre de 1911, como hombre “útil y constructivo”, “excesivamente laborioso”, tal vez a causa del clima, “creyente y probo en su gran mayoría”, de “temperamento artístico” y devoto de sus maestros, “sensual, bebedor y comelón”, “demócrata convencido y practicante” y, en fin, “carente de refinamiento” (Gamboa 1995-V: 292-293). En cuanto a los alemanes, aunque no elabora un retrato “general” a modo de conclusión, sus notas al entrar en el país desde Bélgica son también sintéticas y vigorosas: “... Adviértese [...] inequívoca prosperidad, riqueza y dicha de vivir. Hercúleas las anatomías masculinas, espléndidos los colores de las mujeres, comercio abundante y próspero, abundancia de chimeneas humeantes, calles muy aseadas, espadañas y torres, movimiento, ruido y disciplina, muchísima disciplina...” (Gamboa 1995-V: 40).

Tengo por principales características del español [...] antes que nada, un morbosos orgullo individual; luego, un increíble desprecio a la muerte, clave de su valor sobradamente acreditado; una crueldad nata, sanguinaria e incurable que lo empuja a los peores excesos; patriotismo hiperestesiado, aunque defectuoso, pues la mayoría de las provincias, por causas históricas y raciales, ponen por encima de la patria grande a la patria chica (Gamboa 1995-V: 220).<sup>7</sup>

Del cainismo hispánico habría de sufrir don Federico una dura prueba, en carne propia y en su propio país, cuando apenas un año más tarde estallaba la Revolución. Siguió el desarrollo de los acontecimientos desde su puesto de diplomático (la caída de Díaz y de Madero, la usurpación de Huerta), como político en México (la dictadura de Huerta y la entrada en México de los revolucionarios), y finalmente como exiliado. Ya repatriado, anciano y con la triste consciencia de ser el superviviente de una época pasada para siempre, don Federico tendrá ocasión de tratar con más ilustres españoles que visiten su país. La gran actriz Margarita Xirgu (a instancias de quien escribiría Gamboa su última obra teatral, *Entre hermanos*) o Jacinto Benavente le dispensan una amistad y admiración correspondidas; en cambio, don Federico manifiesta sus desencuentros con Valle-Inclán y, de modo abierto y abrupto, con Félix Gordón Ordás, político socialista y embajador de la República Española. Las notas dispersas de su diario inéditas tras su muerte apenas contienen referencias al traumático episodio de la Guerra Civil que habría de conducir tantos españoles a su país, aunque es fácil suponer que las simpatías de Gamboa estuvieran por los sublevados: tras la Guerra Mundial, ni en México ni en Europa había algo que le preocupara más (aparte de la sempiterna influencia norteamericana) que el auge del socialismo.

Un importante espacio de su sentimiento de pérdida quedaba reservado para sus nostalgias de esa Europa a la que ya no volverá y que tanto, como su propio país, está cambiando. Exiliado en Estados Unidos en 1915, admirando el mismo Museo Metropolitano de Nueva York, el único comentario anotado es: “¡Oh, mis queridos museos holandeses y belgas!”. Ya de vuelta a su patria, un paseo por las antiguas fortificaciones de San Juan de Ulúa no le recuerda otro lugar que el castillo barcelonés de Montjuïc (Gamboa 1995-VI: 249, 393). Testimonios estos últimos de cuya autenticidad no podemos dudar: pertenecen a sus diarios póstumos, y por tanto no pasaron por las púdicas revisiones a que los sometía su autor y que sin duda hubieran dado lugar a alguna digresión erudita con la que don Federico intentaría disimular su incorregible sentimentalismo: en el fondo (él mismo lo admitía, nuevamente coincidiendo con Darío), y pese a sus alardes de cientifismo naturalista, Federico Gamboa siempre fue un romántico.

---

<sup>7</sup> Gamboa visitará personalmente Barcelona, y en sus diarios manifestará frecuentemente la preocupación por el separatismo catalán (fugazmente aludido también, aunque de manera cómica, en el capítulo I de la segunda parte de *Santa*).

## BIBLIOGRAFÍA

DARÍO, Rubén.

1990 *Autobiografía. Oro de Mallorca*. Madrid, Mondadori.

GAMBOA, Federico.

1994 *Impresiones y recuerdos*. Ed. José Emilio Pacheco. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

1995 *Mi diario. Mucho de mi vida y algo de la de otros (7 vols)*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

GUTIÉRREZ NÁJERA, Manuel.

1973 *Cuentos, crónicas y ensayos*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992.

TENORIO TRILLO, Mauricio.

1998 *Artilugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880-1930*. Trad. Germán Franco. México, Fondo de Cultura Económica.